

férico o apendicular, Brasil, como cada una de nuestras sociedades latinoamericanas puede integrarse complementariamente —pero dentro de una forma de complementaridad distinta de la complementaridad de dependencia— en una comunidad de naciones unidas entre sí no sólo por el hecho de haber bebido en fuentes comunes de cultura —la cultura latina, bien ajena al fin y al cabo con respecto a las deshumanizaciones de capitalismo y comunismo— sino por el hecho de haber sabido dibujar sus perfiles propios y de haber sabido regresar al hogar común no para hundirse de nuevo en la indefinición o en la falta de diferenciación, sino para fundir en lo uno lo diverso.

De la investigación social de realidades concretas Guerreiro Ramos sabe que surge —ineludiblemente— una filosofía social; sabe que la pesquisa social es pedagógica y que, en países como los nuestros, sin que se dañen una a otra las dos categorías complementarias, los estudiosos de la sociedad han de aceptar la doble carga de ser teóricos y de ser doctrinarios, porque sólo en esta forma pueden librarse de —como doctrinarios— construir ideologías utópicas y —como teóricos— de elaborar teorías infecundas. Guerreiro Ramos señala un camino que debiera ser más frecuentado por los jóvenes sociólogos de nuestro pueblo-continente.

GROSS, FELIKS: *Foreign Policy Analysis*. Preface by Adolf A. Berle. Philosophical Library. New York. pp. 180.

Las últimas décadas han convertido los problemas de la vida internacional en objetos de consideración que despiertan singular interés y que poseen una primordial importancia tanto para el llamado hombre de la calle como para el político. El transcurso de los últimos años, con sus adelantos tecnológicos en cuanto a

medios de transporte y de comunicación (especialmente en cuanto a aparición de los medios de comunicación para las masas) al mismo tiempo que ha empujeado el mundo, haciendo más frecuentes los choques entre los pueblos y poniendo de relieve las fricciones que surgen a causa de la existencia de intereses antagónicos y de patrones culturales contrapuestos, han venido a poner de manifiesto para la conciencia de todos, las interdependencia en que se encuentran unos con respecto a otros los distintos pueblos, dando contenido concreto a los conceptos de “humanidad” y —quizás también— de “humanismo” que, si existieron en otros tiempos, tuvieron características muy pronunciadas de abstracción, y no como hoy, un sentido vivo, actual, que de día en día parece concretizarse más; asimismo han mostrado la forma en que la suerte de un individuo depende de la humanidad entera, y la de ésta de las acciones convergentes, concertadas y divergentes que la forman. En este intervalo, proyectar y ejecutar una política internacional ha llegado a ser —como señala Berle en el prefacio de este libre escrito por Feliks Gross— una de las funciones supremas del Estado. De ahí el interés de cualquier estudio que, como el presente, trate de hurgar en la entraña escondida y embrollada de la vida social internacional. Que el esfuerzo no es fácil de desarrollar, resulta evidente, en cuanto se considera que incluso una de las ficciones representativas más frecuentes de la sociología —la que considera a las sociedades como grupos cerrados— y que resultan facilitadoras del estudio, caen en cuanto se aborda sociológicamente la vida internacional.

Feliks Gross intenta hacer principalmente —al través de estas páginas— una contribución metodológica. Su problema consiste en mostrar algunos de los instrumentos al través de los cuales puede llegar a conocerse la vida internacional;

consiste en señalar que la política internacional no puede ser obra ni de la improvisación ni de las intuiciones geniales de los individuos, sino que, por el contrario, tiene que resultar de la fatiga analítico-sintetizadora del estudioso y de las capacidades ejecutivas del político propiamente dicho. Esto explica el que el libro se ocupe de mostrar: las características del método científico y su aplicabilidad al sector elegido; las peculiaridades de la causación social que rige a los procesos políticos internacionales, la ideología y los objetivos hacia los que dicha política se orienta, y los factores que sobre ella actúan; la forma de planear una política internacional y la manera de prever sus consecuencias, a fin de evitar los peligros que puedan acecharla.

El fundamento último de un análisis científico de la política exterior de los Estados radica, según señala Gross, en que dicha política es un proceso social, resultante de acciones humanas, que da lugar a situaciones de cooperación, de competencia, de conflicto, de neutralidad, las cuales pueden entenderse si las concepciones de la causación social que se lleven a su estudio reconocen la multiplicidad de los factores que intervienen, las reacciones que entre ellos se producen y la posibilidad de que en el terreno sociológico, a una misma causa le correspondan o puedan corresponderle varios efectos alternativos.

La política exterior puede considerarse constituida, en efecto, por un conjunto ideológico, por una constelación de factores, y por una acción política propiamente dicha que hace entrar dichos factores, en la práctica, en esquemas regidos por la ideología particular de que se trate. En efecto, si bien la existencia de ciertos factores y lo indispensable que es contar con ellos para que exista realmente una política exterior es algo evidente, no debe de reconocerse menos que sin una ideolo-

gía, tal política no existe en cuanto tal, puesto que en ese caso el conjunto al que se denomine con tal término se reducirá a un conjunto de movimientos incoherentes e ininteligibles; carentes de sentido en cuanto carecen asimismo de orientación ideológica. No existe una política exterior sin una ideología, en la misma forma en que no existen hombres sin ideología, como lo demuestra el que, por ejemplo, si bien la política exterior de los primitivos determinaba encuentros bélicos en los que los diferentes grupos se disputaban terrenos de caza, no es menos cierto que tales encuentros estaban impregnados de religiosidad y que, en ese, como en todos los casos que se presentan en la vida social —según ha subrayado la escuela francesa de sociología— las acciones humanas se presentan recubiertas por el velo de fenómenos de creencia que difuman lo objetivo, de tal modo que el velo deja transparentar lo que tras de él existe ante el ojo que se ve ayudado por la iluminación que brinda una metodología científica o incluso una crítica del conocimiento en el sentido de la sociología del conocimiento maheimiana.

Sin embargo, es necesario reconocer, según indica Gross, la existencia de diversos niveles ideológicos que van desde el más alto de la ideología total del grupo, hasta el más profundo de la ideología personal; desde esos “sistemas ideoculturales” que contienen ideosistemas referentes al Estado, a la política, a la sociedad, hasta esas ideologías alternas que se dan en sociedades evolucionadas y que, con frecuencia, cuando convergen en un mismo individuo que pertenece a grupos diferentes, producen casos de inconsistencia ideológica o de ambivalencia (ejemplificados con el apoyo dado a la discriminación y al *Bill of Rights*) para terminar en la ideología personal en cuya elección influyen las experiencias individuales y un sentido histórico orientado

a asegurar la supervivencia, pudiendo establecerse una relación entre los diversos niveles si se considera que las ideas son la argamasa de la sociedad, y que se convierten en significativas cuando las comparte un gran número de individuos.

Gross distingue entre la ideología política como sistema de valores económicos, políticos y sociales de los que derivan objetivos nucleares para el programa político (y la cual puede ser burdamente delineada o grandemente elaborada), y el programa político mismo que es un desarrollo de la ideología, la cual resulta en él ampliada en cuanto a los detalles y en el que se formulan proposiciones políticas inmediatas y de sentido práctico. Asimismo, al referirse a la visión de conjunto distingue entre utopía, mito social y solución alcanzable, los cuales se concretizan en un programa máximo en el que se consignan los objetivos remotos, y un programa mínimo que tiene en consideración objetivos inmediatos, reconociendo que las utopías y los mitos sociales tienen un papel positivo en cuanto impulsan el pensamiento político y la planeación, y uno negativo en cuanto tienden a desarrollar movimientos totalitarios y a convertirse en engaños para las masas.

Entre la política exterior de los Estados y su política doméstica se encuentra siempre una cierta interconexión, a menos que exista el equivalente de lo que constituye la esquizofrenia para los individuos. Con todo, cabe observar que la relación en ninguna forma es tan sencilla como la plantea Gross en sus páginas y que, en realidad los problemas que plantea esa vinculación entre política exterior y política interna son quizás de los más arduos de dilucidar y asimismo de los que requerirían de una investigación extensa, desapasionada y seria basada en los datos que aporta la historia y, muy principalmente, en los que brinda la historia contemporánea ya que, en muchos

casos, si bien conectadas entre sí en forma que parece indisoluble la *política doméstica* y la *política exterior*, más que el haz y el envés *parecen ser el negativo y el positivo fotográficos de una misma ideología*.

Dos de los esquemas incluidos en el libro representan como círculos convergentes (citados del de mayor al de menor radio) el sistema cultural en su totalidad el sistema puramente ideocultural, el sistema ideocultural político, la visión política, los intereses nacionales, y los objetivos estratégicos, llegando a una determinación puntual al través de los objetivos tácticos, estando constituida la doctrina por uno de los varios sectores que pueden determinarse en este conjunto de círculos concéntricos. Los sistemas ideopolíticos de diferentes partidos se representan como círculo mayor, representativo de los sistemas ideoculturales, y cada uno de los cuales contiene círculos menores, mediante los cuales se representa la política exterior de cada uno de los partidos y los cuales, a su vez, pueden ser también entre sí secantes o no.

El análisis de los diferentes factores que intervienen en la política internacional permite a Gross revisar diversas doctrinas geopolíticas como las de Mackinder, Mahan, Haushofer y Kjellen llegándose al enjuiciamiento desfavorable a ellas así como a la conclusión —que no puede menos que hacer recordar el posibilismo de la escuela francesa de sociología encabezada por Paul Vidal de la Blanche— de que el factor geográfico por sí mismo no puede considerarse determinante del destino humano, pudiendo observarse la forma en que las sociedades actúan, en relación con los factores geográficos, de acuerdo con las definiciones que hacen de los mismos, y que dependen —entre otras cosas—, de los avances tecnológicos, pudiendo notarse cuán distinta es la visión del mundo que tenían los antiguos para

quienes el mundo se centraba en el mediterráneo europeo (el Mediterráneo por antonomasia), la que tuvieron los modernos con sus proyecciones de Mercator, y la que tienen nuestros contemporáneos con sus proyecciones polares y su visión aérea del mundo, cada una de las cuales ha tenido gran importancia en la forma de conducir los asuntos internacionales.

En forma parecida, se hace referencia a algunas de las modalidades que el factor económico adquiere en la vida internacional, señalando el autor la necesidad que hay de que el estudioso se cuide de no reducir lo económico a la existencia o inexistencia, a la escasez o abundancia de determinados recursos en el territorio del Estado, puesto que, gracias a las características diferentes de organización de los diferentes Estados, una región que posea menos recursos naturales pero una mejor organización interna y mejores relaciones internacionales puede ser más influyente dentro de la comunidad de naciones que el mejor dotado pero cuya organización interna no alcanza iguales niveles de bondad y cuyas relaciones internacionales sean más reducidas. Por otra parte indica cómo hay ciertos recursos y ciertos productos que, sin explicar toda la política exterior de los Estados, pueden resultar en muchos casos índices adecuados para predecir su comportamiento en el campo internacional, refiriéndose en particular al acero, al que podrían agregarse, en términos genéricos los diversos energéticos.

Con respecto al factor demográfico, las páginas del libro contienen llamadas de atención análogas a las que tácita o expresamente se contienen en los párrafos correspondientes a factores estudiados anteriormente, en cuanto, sea para la cooperación o sea para el conflicto, los Estados valen no sólo por el mayor o menor número de sus pobladores, sino por la calidad de éstos, por sus habilidades técni-

cas, por su capacidad científica y —quizás, agregaríamos nosotros, más que nada— por sus cualidades morales, de tal modo que, en el terreno de la cooperación, un Estado poco poblado puede convertirse en una gran potencia para los fines de la asistencia técnica, en tanto que otro muy poblado o densamente poblado puede no ser sino mero receptor de dicha asistencia.

Tras el estudio de otros factores de la vida social internacional, entre los que se cuentan el militar y el psicológico social, el autor concluye que “los objetivos tanto como las políticas internacionales de los Estados, se encuentran relacionados con y dependen de los factores, de tal modo que los objetivos tienen que ajustarse a los factores o los factores a los objetivos, requiriéndose sabiduría y sentido estatal o capacidad de estadista para hacer las estimaciones apropiadas por lo que se refiere a decisiones relativas a la relación entre objetivos, medidas políticas y factores operantes en la realidad política.

En los capítulos ulteriores, Gross se refiere a la política, distinguiendo entre la estrategia que es política de largo alcance, y la táctica que representa una política de corto alcance, pudiendo enfatizarse en el proceso decisionista política la forma en que, delineada en el papel, se plantea las posibles alternativas de acción, los riesgos y los costos que implican así como las dificultades a que es posible se enfrenten a fin de elegir una de entre ellas. Esta parte de su trabajo es especialmente interesante, especialmente en cuanto, al través de los ejemplos concretos que en ella intercala su autor, como en las otras porciones anteriores, pone de relieve la utilidad que el político puede obtener en caso de que piense y estudie un plan de acción —y seguidamente lo instrumentalice— sobre la base de los análisis de carácter sociológico que le brinde el analista estudioso de las rela-

ciones internacionales habilitado no sólo de conocimientos suficientes (de una erudición apropiada) acerca de los problemas que ha planteado históricamente la vida política entre los Estados, sino también y sobre todo, dotado de criterios básicos que le permitan comprender el papel que desempeñan unos al lado de los otros y en conjunción los diferentes factores, las diferentes ideologías, los diferentes objetivos tanto de corto como de largo alcance individuales y colectivos.

Sin ser un mero esqueleto —puesto que las ejemplificaciones le rodean de carne

y le dan vida— este trabajo de Gross pudiera ser para su autor una base programática de desarrollo que algún seminario de estudiantes avanzados o de postgraduados conocedores de la historia política o de la historia diplomática mundiales podría henchir de un rico contenido mediante una serie de análisis cuidadoso y ceñidos de las innumerables situaciones políticas internacionales que nos ofrece la historia.

Un libro programático —efectivamente— pero que ofrece un programa de estudio nada despreciable.